

Foro: Cuba traduce el Caribe

Ileana Sanz, Lourdes Arencibia, Nancy Morejón

Los proyectos y las instituciones de la cultura en Cuba han desempeñado un papel fundamental en la traducción y difusión de autores y narrativas del Caribe anglófono y francófono en Cuba y en América Latina. *Tusaaji* invitó a tres especialistas en la materia a participar en el foro “Cuba traduce el Caribe” y presentar su visión y perspectiva acerca de la traducción del Caribe en Cuba. Las cubanas Ileana Sanz, Lourdes Arencibia y Nancy Morejón nos hablan de su experiencia como traductoras y editoras, el aporte de Cuba a la traducción de autores caribeños, lo que este intercambio ha representado para Cuba, y la imagen del Caribe que se construye a través de la traducción, en Cuba y en el Caribe en general.

Ileana Sanz

La complejidad lingüística en el Caribe insular tiene su origen en la imposición de la lengua del colonizador y en el surgimiento de los creoles o lenguas criollas como resultado del encuentro de patrones lingüísticos europeos y africanos. Por razones históricas, demográficas y otras, en los territorios del Caribe hispano no se produce el surgimiento de lenguas criollas y el español se mantiene como lingua franca no obstante sus variaciones lexicales, de ritmo y cadencia en lo que pudiéramos denominar el español del Caribe. En el caso del Caribe no hispano, el surgimiento de los creoles complejizó la situación lingüística. En los inicios del surgimiento de la literatura del Caribe anglófono, se evidenciaba una ruptura lingüística al utilizarse como registros diferenciados el inglés estándar y el creol. La forma de expresarse los personajes estaba asociada al estatus económico y social. Con el desarrollo del proceso literario, se va superando esa disrupción lingüística al elevarse el creol a lenguaje literario y asumirse la literatura oral como fuente nutricia del discurso letrado y apropiarse de un ritmo, una sonoridad que fluye sin rupturas. Para un traductor literario cubano, es esencial el conocimiento de la importancia y significación de distintos registros lingüísticos utilizados para encontrar el registro adecuado y las variantes del español coloquial cubano y caribeño capaces de expresar el posicionamiento del autor ante la lengua, el cual tiene significados que van más allá del campo lingüístico.

El aporte cubano más importante a la traducción y difusión de la literatura caribeña ha sido el haber iniciado la labor de traducción en época temprana y el haber vinculado ese trabajo a la labor docente. Dos instituciones fueron claves: la Facultad de Letras de la Universidad de La Habana y la Casa de las Américas. La primera por incluir las asignaturas de Literaturas del Caribe Anglófono y Francófono en su plan de estudios desde la década del 70 e involucrar a los estudiantes en la labor de traducción. Ejemplo de esto es que la

primera antología de cuentos del Caribe anglófono en edición bilingüe, o sea inglés y español, fue elaborada por docentes y estudiantes de esa facultad y se publicó en 1977. La otra institución fue la Casa de las Américas, con la inclusión de las categorías de literaturas del Caribe anglófono y francófono en su prestigioso Premio Literario. Esto implicaba la traducción de las obras premiadas y su publicación bilingüe, lo que facilitó su difusión no solo en Cuba sino en el Caribe hispano y América Latina. La *Revista Casa* también ha desempeñado un papel importante al incluir traducciones de poemas, cuentos y ensayos de autores de diferentes países del Caribe. Ejemplo de ello es el número 91 de la revista, dedicado al Caribe anglófono. Asimismo, su política editorial tuvo la visión de incluir en su plan editorial obras de autores caribeños traducidas al español. La primera novela publicada fue *Las montañas jubilosas* del jamaicano Roger Mais en 1978. Esto fue el inicio que propició el acercamiento no solo a un público lector cubano sino a hispanohablantes ya que las obras se distribuían también en América Latina y el Caribe hispano.

Considero que el aporte esencial del Caribe a través de la traducción ha sido visibilizar la *caribeñidad* de la cultura y la literatura cubanas. Parto de la premisa de la existencia de un corpus literario caribeño no obstante expresarse en diferentes lenguas. Históricamente, el proceso literario cubano estuvo más vinculado al Caribe hispano y América Latina que al espacio Caribe en su conjunto. La diversidad de metrópolis y su consecuencia lingüística contribuyeron a la fragmentación del Caribe insular y de hecho a ver sus procesos literarios como un apéndice de las literaturas de los países que lo colonizaron, sobre todo en los que mantuvieron su estatus colonial hasta entrado el siglo XX o que aún mantienen un estatus dependiente sea como departamentos de ultramar o asociados. Las traducciones de las obras del Caribe han contribuido grandemente a entender y percibir la literatura caribeña como un corpus diferenciado del metropolitano con cosas en común más allá de la diversidad de la lenguas en que se expresan.

Aparte de la Casa de las Américas, otras instituciones han desempeñado un papel importante en la difusión de la literatura caribeña. En los últimos años las editoriales Arte y Literatura y Oriente han publicado obras del Caribe no hispano al español. La tradicional feria del libro de Cuba, organizada por el Instituto del Libro, dedicó su edición del 2011 al Caribe, lo que representó un gran impulso a la difusión de la literatura caribeña por la publicación de obras traducidas al español, la presencia de escritores del área, así como organización de foros para la discusión de los problemas de la traducción literaria en el Caribe.

Considero que el Caribe no hispano va adquiriendo mayor presencia en Cuba por razones políticas, comerciales, culturales, etc., lo que estimulará el interés por la publicación de obras de su literatura. Me inclino hacia la publicación de ediciones bilingües y trilingües sobre todo en poesía y cuento ya que facilitan al lector la exposición al original y su versión en español. Sería de gran utilidad para la impartición de cursos de literatura comparada del Caribe. Indiscutiblemente ha habido un vuelco sustancial a partir de los años 70 que se

ha ido profundizando y concretando con la implementación de festivales, eventos, conferencias y otras actividades a nivel regional. El espacio Caribe, tanto insular como continental, se ha ido redefiniendo con mayor fuerza incluyendo la relación islas-continente, lo que denominamos el Gran Caribe. La existencia de festivales como Carifesta, que se inició en el año 1972 en Guyana y se ha celebrado en otros países caribeños ha devenido espacio para el conocimiento mutuo de artistas y escritores del Caribe y la posibilidad de reconocer la existencia de una cultura caribeña que a partir de su rica diversidad surge de un sustrato común que marcó su expresión. Asimismo, la existencia de muchos foros y asociaciones que reúnen a estudiosos del Caribe ofrece un espacio para intercambiar conocimientos e identificar semejanzas y diferencias. La Asociación de Estudios del Caribe, fundada en Puerto Rico donde celebró su primera conferencia en 1975, es un excelente ejemplo de un espacio de diálogo y confrontación. A lo largo de 40 años ha celebrado conferencias anuales por todo el Caribe insular y continental, organizando paneles transdisciplinarios y multilingües enfocados a discutir y problematizar temas claves para el desarrollo de la región con un enfoque de la unidad en la diversidad. La reciente inclusión de un Salón Literario dentro de la agenda de la Conferencia ha propiciado el encuentro de escritores donde leen sus obras poetas, dramaturgos y narradores de diferentes partes del Caribe, con el apoyo del equipo de traductores del evento.

Considero que la imagen que se construye a partir de la traducción, en Cuba y en el Caribe en general, es la de un Caribe interrelacionado dado por un sustrato común compartido histórico, económico, cultural de raíces comunes que no obstante expresarse en lenguas disímiles, tienen una esencia común, una unidad que se expresa en la diversidad. La creciente integración del Caribe materializada en organismos que facilitan la ejecución de proyectos comunes ha implicado una mayor conciencia de la necesidad de comunicación y la determinación de eliminar las barreras lingüísticas. La prioridad de la enseñanza de las lenguas habladas en el Caribe en el sistema de educación de los países caribeños, el intercambio de estudiantes, la implementación de proyectos conjuntos, entre otros, auguran un futuro promisorio de unidad e integración.

Nancy Morejón

Mi experiencia como traductora es relativamente amplia pues, desde mi juventud, he realizado traducciones en eventos, coloquios, seminarios y encuentros internacionales. Por otra parte, traduje textos literarios de ensayistas y poetas de lengua francesa, inglesa y portuguesa. De esta afirmación se desprende que el oficio de la traducción fue un *modus vivendi* que he respetado siempre y que amo entrañablemente no solo porque me dio de comer sino porque ensanchó mi horizonte intelectual. Saludo muy sinceramente la iniciativa de los editores de la revista *Tusaaji*, dedicada íntegramente al estudio, difusión y análisis de este oficio, tan antiguo como la literatura.

Cuba forma parte del Caribe; integra el vecindario con muchísimo orgullo y tiene conciencia de ese hecho, con fuerza, a partir de 1959. El Che Guevara iluminó ese sendero cuando abrió las ideas revolucionarias de la época al llamado balcón afroasiático. Desde entonces, salimos de un estereotipo construido según el hecho lingüístico que nos marca. Somos hispanos pero no españoles. Nuestra cultura es mestiza pero se produce en lengua española y, aunque el léxico de la Isla se ha nutrido de vocablos de origen africano, amerindio y asiático, lo cierto es que la lengua que hablamos en su dimensión escrita u oral es un código bien entramado que no ha dejado espacio para la existencia de algún creol.

El aporte cubano en el ámbito de la traducción y difusión de la literatura caribeña se concentra ante todo en la labor de una institución como la Casa de las Américas que, desde hace un poco más de medio siglo, ha creado caminos muy fértiles para el conocimiento de la creación literaria del Caribe, región multilingüe, como sabemos. El Caribe es una suerte de Torre de Babel. Por eso prefiero hablar de las literaturas del Caribe y no de una literatura del Caribe. Escritores como Jean Price-Mars, Aimé Césaire, René Depestre, Édouard Glissant, Kamau Brathwaite, Rupert Lewis, Patrick Chamoiseau, Ernest Pépin, Maryse Condé, Simone Schwarz-Bart y Daniel Maximin, entre otros, aparecen en el catálogo de la Casa desde hace tiempo. Todo comenzó a inicios de los años sesenta. Por otra parte, el catálogo cubano de las literaturas africanas en lengua española es un acontecimiento primordial que debemos a Rogelio Martínez Furé. Recuerdo que su primer título fue *Canta la hierba*, de Doris Lessing e, inmediatamente, *El bebedor de vino de palma*, de Amos Tutuola así como *El decamerón negro* del alemán Leo Frobenius que abriera toda una colección y, luego, Sembene Ousmane, Alex Laguma, Mohamed Dib y Kateb Yacine, Chinua Achebe, Birago Diop, entre otros. Ya desde 1963, Rogelio Martínez Furé había publicado una preciosa selección de *Poesía Yoruba* de donde partió su famosa *Poesía anónima africana*, unos años después. Furé ha sido un pionero, un visionario cuya obra aleccionadora está vigente ahora mucho más que en sus inicios. El nombre de Lourdes Arencibia descuella en este dominio por su contribución a la traducción como manifestación literaria y a la conformación de una red caribeña de la que hoy disfrutamos.

Entre los intelectuales que han desempeñado un papel central en la difusión de la literatura caribeña en Cuba encontramos a Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Ambrosio Fornet, Rogelio Martínez Furé, Roberto Fernández Retamar, Lourdes Arencibia, Emilio Jorge Rodríguez, Silvia García Sierra, Ileana Sanz así como Lisandro Otero y Nara Araújo, fallecidos ambos desafortunadamente. La colección *El sinsonte en el patio vecino* de la editorial Fundación Sinsonte, de Zamora, España, aparece a fines de la primera década del siglo XXI e incluye un reconocido catálogo, muy interesante, de su labor como traductora. El jamaicano canadiense Keith Ellis ha contribuido también enormemente a esta riqueza. Furé acaba de publicar un diccionario de poetas africanos llamado *Pequeño Tarikh*, aparecido en el catálogo de la editorial Arte y Literatura, en 2015. Hubiera sido importantísimo recopilar otra antología para la

poesía del Caribe de la que fue pionera *Mapa de la poesía negra americana*, de Emilio Ballagas, en fecha tan temprana como 1946.

Sería difícil acometer una descripción, propiamente dicha, del diálogo cultural del Caribe que se inició desde la Casa de las Américas, sobre todo en el plano literario. Me es grato recordar un pensamiento de Simón Bolívar, gran adalid de la independencia latinoamericana, fijo en su afirmación de que «somos un pequeño género humano...» que está, sobre todo, relacionado con África. Eso afirmó El Libertador en su célebre Carta de Jamaica la cual cumple en 2015 su bicentenario—deberíamos agilizar su celebración, el festejo que supone esos doscientos años de existencia... y vigencia. Creo que en Cuba, en el plano histórico, el proyecto que más a contribuido al diálogo con el Caribe anglófono y francófono--y que no se me tome por chovinista—ha sido la existencia de la Revolución Cubana y, en el cenit de sus ideas, las del Che Guevara quien, como dije anteriormente, abrió nuestro horizonte hacia el llamado Balcón afroasiático, cuando hizo traducir y publicar en una pequeña editorial habanera *Los condenados de la tierra y Piel negra, máscaras blancas*, ambos de Frantz Fanon, a principios de los años sesenta. Esa lectura me marcó para siempre y solo entonces decidí dedicar el tema de mi tesis de grado a Aimé Césaire, sobre todo a través de su teatro y de su imprescindible *Cuaderno de un retorno al país natal* que, a fines de los años cuarenta, tradujo aquí Lydia Cabrera, en una primorosa edición que ilustrara otro gran caribeño, cubano, el artista Wifredo Lam.

Considero que el futuro de la traducción del Caribe en Cuba, y la imagen del Caribe que de ella se desprende, es y seguirá siendo algo espléndido. Si se traduce bien y se escogen obras que representan lo más depurado de un cuerpo literario excepcional, plurilingüe, como es el nuestro, vamos a constituir una valiosa enciclopedia de nuestra historia cultural. Esas obras escogidas, clásicos de la región, no deberán responder a las leyes de un Mercado cuyo vicio es el consumo, como único valor de intercambio, así como la enajenada deformación de nuestro ser múltiple pero único. Esas obras deberán haber clamado por nuestra identidad independiente. Aceptemos que hablamos y escribimos en un mundo plural, globalizado, violentado por presupuestos irreconocibles ante las disciplinas de humanidades que forjaron nuestros patriotas, en especial, José Martí. Como decía Glissant: hablamos y escribimos en el contexto de todas las lenguas del mundo, no solo la nuestra. Esa observación es la raíz más auténtica del Caribe.

Lourdes Arencibia

Cuba, mi país, pertenece a una de las regiones más multilingües y diversas de América, geográfica y geopolíticamente ubicada en el centro del cándidamente nominado “Nuevo continente”. Las lenguas que se hablan en esta parte del mundo, español, inglés, francés, holandés, papiamentu, los creoles, por solo citar a vuelapluma algunos de esos hablars avecindados, llevan

consigo en sus “mochilas” raíces, historias y culturas bien antiguas y establecidas. Sus hablantes las han transformado, transferido, transvasado, naturalizado o extranjerizado en el decursar del tiempo. Por supuesto que el paso del tiempo no ha operado por sí solo ni de la misma manera cambios en todos los lugares del Caribe. Empezando entonces a referenciar hechos y circunstancias, recuerdo que la intención más o menos declarada y desigualmente impuesta de las respectivas metrópolis que se apoderaron en la región antillana de los territorios—no solo del territorio y sus riquezas materiales sino del conocimiento y de la comunicación, que eran sus haberes espirituales— fue la de mantener a sus colonias en una zona marginal con respecto a la vida intelectual. Desde luego, no por expuestas, las heridas novomundistas han cicatrizado, pero para no repetir aquí circunstancias y etapas que se han analizado exhaustivamente por investigadores mucho más talentosos e informados que yo, me voy a referir a determinadas manifestaciones de su evolución en el Caribe en la última centuria, con las referencias al pasado que juzgaré estrictamente indispensables puesto que la extrema diversidad de la zona no me permite establecer ninguna suerte de análisis general, amén de que mi especialización como practicante e investigadora de la traducción se ha desarrollado prioritariamente en torno a la producción de obras de expresión francesa.

Empezaré por referirme a las traducciones al español realizadas en Cuba porque el español como meta es una de las lenguas más homogéneas en sus aspectos socioculturales de utilización y difusión, y como vehículo de la comunicación regional puede llegar a ser un factor estratégico de cara al inglés. Sobre todo en los últimos 50 años, la traducción documentaria y oral en Cuba se fue poniendo paulatinamente al servicio de las exigencias inmediatas de la vida nacional y el proyecto editorial cubano desde sus inicios concibió la operación de traducción de la literatura caribeña como un mecanismo democratizador de acceso al libro y a la cultura destinado a los sectores populares. Al valorar la traducción como práctica discursiva regida por procedimientos literarios se puso de manifiesto su función modeladora en la literatura y su incidencia en la difusión de una escritura literaria. Las instituciones a cargo de la política cultural y editorial en Cuba a partir del 59 así lo concibieron, sobre todo para ampliar las competencias lectoras de un usuario recién alfabetizado con el propósito de integrar a diferentes sectores de la población a los cambios sociales que se fueran operando en el país.

En el resto del área Caribe, con sus características particulares inherentes a los niveles de desarrollo y a los sistemas de gobierno, se mostraron aspiraciones relativamente homogéneas y se puede decir que en cuanto al intercambio de bienes culturales hay espacio para un mercado de compradores y consumidores. Hay, no obstante, comunidades lingüísticas de la región caribeña donde coexisten etapas de desarrollo de la lengua y la literatura que en otras se enmarcan según el momento en que hicieron su aparición a escala universal. La mayoría de esos pueblos socializa en la lengua y en la cultura de la ex-metrópoli pero se comunica y se reconoce en una segunda lengua y cultura,

asociadas a su identidad. De suerte que uno de los rasgos más característicos de esas comunidades para lo que podríamos llamar una “genética discursiva” ha sido la permanente utilización de varios estándares sociolingüísticos simultáneos con una tendencia creciente a la diferenciación y renuencia a la asimilación y a la contaminación. La coexistencia histórica de esos estándares ha sido también un marcador de cambio, al menos desde dos grandes categorías de usuarios, la de los colonizadores y la de la población autóctona. En ambas se manifiesta la necesidad de la mediación, pero mientras que del lado de los colonizadores la transposición de lenguas y con ella el sistema de transposición de signos y representaciones viene en apoyo del proceso de colonización, en la acera de los autóctonos, los mismos transvases se revelaron indispensables para colmar la distancia histórica que separaba a esos pueblos de sus antepasados, y la distancia geográfica que los alejaba de las metrópolis coloniales.

Los retos actuales del hablante caribeño no son nuevos; nuevas son las formas y expresiones que adoptan esos retos. En un segmento importante de su población, la mediación intra e intercultural trabaja aún con un gran número de personas que carecen de la debida formación lingüística. Y en tal sentido la juventud aquí tiene un creciente papel en la formación cultural de su región asociado al acceso a la escolarización y al desarrollo de la educación. El futuro de ese tránsito donde el cambio educativo de los últimos 50 años ha sido más acelerado en comparación con etapas precedentes, incidirá de lleno en el análisis de la temática que hoy nos ocupa. Deberá permitir mayor afinación en el tratamiento entre el sistema literario y el no literario y entre el sistema de la literatura autóctona y la mediada, por ejemplo.

Hoy por hoy el Caribe en su conjunto, justamente por su riqueza y diversidad, va camino de convertirse en un excelente mercado literario cuyos consumidores pueden aspirar a un intercambio capaz de satisfacer por un lado sus necesidades espirituales y por otra sus legítimas aspiraciones a la universalización de su pensamiento y de sus creaciones. De suerte que no es posible pasar por alto la dimensión económica de los productos culturales de la región a la par de sus dimensiones afectivas y sus dinamismos, pero tampoco los horizontes y las expectativas generacionales socioculturales actuales de sus habitantes. Cabría poner sobre el tapete los debates sobre el nacionalismo cultural, el papel de los agentes editoriales en la universalización de la cultura caribeña, los nuevos modos de leer a los autores autóctonos y las estrategias de interpretación de sus discursos. El mercado aquí, visto en sus aspectos más positivos, puede llegar a ser un vehículo de la descolonización, un área cultural en la que coexistan, entre otros productos, una comunidad de lenguas en intercambio.

Dentro de pocos días tendrán lugar dos actividades en la Casa de África en la Habana, en el marco del Curso sobre Diversidad cultural caribeña: la presentación de la biografía novelada del pintor Jean Michel Basquiat titulada *El caballo de Oggún* de la autoría de Ernest Pépin, escritor de Guadalupe, raigalmente antillano y laureado en dos ocasiones con el premio Casa de las Américas, y la musicalización de sus poemas a cargo del grupo Salzouba

dirigido por Jean Noël Simet— *El caballo de Oggún* fue obra ganadora del premio de Traducción Literaria de la UNEAC en 2014, el cual por primera vez se le otorga a un autor caribeño. Vemos aquí cómo la traducción fabrica semiproductos a tono con su influencia sobre el idioma. Me permito una anécdota a propósito de mi traducción de *El caballo de Oggún*. Andábamos seleccionando fotos e ilustraciones para la publicación y dimos, entre otras fuentes documentarias, con la preciosa edición del libro *Basquiat en La Habana* hecha por la Fundación Havana Club y la Casa de las Américas para la Bial de la Habana en el año 2000. Una reproducción en especial llamó mi atención: un acrílico y pastel graso sobre madera que Basquiat había titulado “Jim Crow” (1986), cuya tela está cubierta de letreros en inglés. La obra me puso de pronto de cara a la capacidad semántica y a la función catártica del arte con sus manifestaciones de porosidad e intercambiabilidad en las relaciones entre la pintura y la literatura. Los escribas en la antigüedad solían “colar” en piezas de cerámica llamadas *ostraca* notas y mensajes como por azar. Basquiat es ilustrador por excelencia del giro del paradigma del conocimiento al paradigma de la comunicación en sus lienzos, y sobre todo en sus graffitis—afiliándose a la noción de transmutación intersemiótica de Roman Jakobson, como lo hacen el norteamericano Twombly y el cubano Juan Roberto Diago, quien se inserta de lleno en esa técnica. Para “leer” adecuadamente esa obra de Basquiat, al espectador le convendría saber no sólo que Jim Crow era un personaje negro de la canción tradicional que se utilizaba para caricaturizar a los afroamericanos, como también que las hoy llamadas leyes “Jim Crow”, fueron leyes de segregación que databan del período de la Guerra de Secesión. En el lienzo, Jim Crow es representado sin boca para expresarse, con las cuencas vacías para no ver, de espaldas al río Mississippi, y Basquiat escribe al menos 10 veces en el cuadro la palabra Mississippi. ¿Lo hace para compararlo con el Hudson y con el Támesis, nombres de otros ríos que aparecen también en la obra? No. Lo hace porque de esa traducción intracultural que marca a la vez la transposición del *significado estético* y la trascendencia del *significado semántico*. El estado de Mississippi fue el último de la Unión en suscribir la enmienda al Acta de abolición de la esclavitud lo cual hará sólo en 1995 ¡9 años después de que Basquiat lo denuncia en su pintura! ¿Acaso esta nueva manera de comunicarse entre las artes y la literatura no sería un marcador válido del cambio?

Volviendo al tema de la difusión literaria del Caribe en Cuba, la traducción de las literaturas del Caribe en lengua francesa e inglesa se inició en la década de los años 60. Por el volumen y la calidad de los textos publicados puede afirmarse que mi país ha sido y es el mayor promotor en el ámbito ibero-latinoamericano de esta importante y aún insuficientemente conocida producción literaria. A ello ha contribuido su inclusión en el Premio Casa de las Américas, donde las creaciones literarias de la región concursan a título individual desde 1976 y 1979, respectivamente. Huelga destacar que la mayor parte de los títulos publicados son las primeras traducciones de dichas obras al español y una parte considerable de ellas constituye sus primeras versiones a otro idioma distinto del original. A ello se añade una circunstancia no menos meritoria: todas esas obras

han sido traducidas por nuestros mejores traductores literarios, no pocos de ellos especialistas del tema o grandes conocedores de la producción literaria y de la cultura caribeñas.

Me permito trazar, a grandes saltos y sin ninguna pretensión abarcadora, un simple marco referencial de esa tarea. En el segundo lustro de la década de los 60 se celebraron en La Habana varios eventos políticos y culturales de gran repercusión internacional y a los que concurren líderes políticos e intelectuales de todos los continentes. Me refiero, en primer lugar, a la Primera Conferencia Tricontinental, efectuada en enero de 1966 y, un año después la Conferencia de la Organización latinoamericana de Solidaridad, más conocida por su sigla OLAS (verano de 1967), que fue precedida en solo una semana por la exposición del Salón de Mayo francés en nuestra capital, al que asistieron numerosos intelectuales europeos solidarios con Cuba—principalmente franceses. Este cónclave, en buena medida, preparó el terreno para una reunión más trascendente: el Congreso Cultural de La Habana, que en enero de 1968 congregó a medio millar de escritores, artistas y pensadores progresistas de más de 70 países, conmovidos aún por la caída de Ernesto Guevara en Bolivia y conscientes de la responsabilidad del intelectual ante los problemas de los países del llamado Tercer Mundo—en mi opinión, faltan trabajos que analicen este tema, Cuba y mayo del 68. Si menciono estos eventos y los acoto a nuestras esferas de actividad es porque en su momento, cuando hagamos la historia de la traducción en Cuba en el periodo revolucionario—el quehacer mediador en la comunicación de los traductores e intérpretes cubanos arranca por supuesto muy atrás—tendrá que tomarse en cuenta la significación y peso de la participación profesional y presencial que en esos cónclaves tuvo un grupo por entonces jovencísimo de personas y valorarse qué papel desempeñaron en el desarrollo emergente, aunque en buena medida precipitado, de muchos aspectos y modalidades del ejercicio traduccional en nuestro país. Auténtico e inolvidable reto que demandó la constitución acelerada de una fuerza institucional, formada principalmente por estudiantes de nivel medio y recién egresados del superior, por profesores de idiomas y por personas que tenían mayor o menor dominio de alguna lengua extranjera.

Estas reuniones, que tuvieron amplia divulgación en nuestro país, contribuyeron a despertar el interés por conocer la vida y la cultura de los países allí representados e incitaron a muchos de los que en ellas trabajamos a conocer más de acerca a esas naciones, principalmente de los países de Asia y África, de los que en verdad casi nada sabíamos. Procedentes de muy variadas profesiones, en su mayoría con nivel universitario, muchos fueron los que escogieron para siempre la profesión de mediadores a partir de aquellas experiencias bisoñas. No pocos la siguen alternando con tareas de promoción cultural y docencia, o son a la par escritores, ensayistas, editores, poetas, en una dedicación permanente que ya alcanza medio siglo de aportes sostenidos a la cultura nacional.

Aunque a la Tricontinental y a la OLAS asistieron delegaciones de prácticamente todo el Caribe anglófono y francófono, la mayor parte aún con

estatus colonial, no consideramos que este contacto inicial haya sido el definitivo para sembrar el interés por familiarizarnos con esos vecinos del Caribe ignoto y diverso, aunque por aquellos días se hiciera cotidiano sentarse a desayunar en una banqueta de la cafetería del Habana Libre junto a Cheddi Jagan o responder el saludo del entonces alcalde de Fort-de-France, quien luego supimos se llamaba Aimé Césaire, y era un poeta muy importante a quien Lezama Lima dedicaría después un poema en la mítica revista *Orígenes*. ¡Qué distante tenía entonces de su imaginación alguien como yo, quien lustros más tarde asumiría el completamiento de la traducción que del *Cahier d'un retour au pays natal* de Césaire se había hecho en español en 1942, gracias a la impecable factura de otra cubana, Lydia Cabrera, e ilustrada por Wifredo Lam! Ni que tendría para hacerlo el inencontrable facsímil de la primera edición donado a la Biblioteca Nacional por Roberto Fernández Retamar! Qué ajeno estaba de tener años después la ocasión de intervenir en el lanzamiento de esa traducción en la hermosísima edición de obra de Césaire que regala a Cuba la Fundación Sinsonte de Zamora. Sin embargo, la real fascinación de aquellos años iniciáticos fue África, con su literatura y trascendencia ancestral en nuestra formación nacional. Se estableció así una especie de viaje triangular desde Cuba a África para regresar al Caribe. Se nos hicieron familiares los nombres de Mongo Beti, Ferdinand Oyono, Wole Soyinka, Amos Tutuola, David Diop, Ousmane Sembene, Nadine Gordimer y, por supuesto, del entonces Papa de las letras africanas, Leopold Sedar Senghor—cuyos poemas hoy traduce el sello editorial Sur—con él y los dos antillanos, Césaire y León Gontran Damas, el controvertido poeta guyanés, pudimos completar la Santísima Trinidad de la negritud. La inclusión de un Seminario de Cultura y Literatura Antillana en las licenciaturas en Lengua y Literatura inglesa y francesa de la Universidad de la Habana apoyó aún más esa línea de investigación.

La salida en 1966 del memorable número monográfico de la *Revista Casa de las Américas*, dedicado al tema "África en América", no sólo contribuyó a reforzar y nutrir el interés por conocer obras capitales de aquella literatura. Se trataba de títulos como *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon y *Lumumba o una temporada en el Congo* de Césaire, de quien a finales de ese mismo año se representaría en Cuba la *Tragedia del Rey Christophe*, publicada un año más tarde por la revista *Conjunto*, también del grupo de revistas culturales que llevan el sello de Casa de las Américas. Y con la publicación además, en 1969, del volumen *Poesía*, se expandió la difusión en Cuba de lo más significativo de la obra poética de Césaire—con traducción del chileno Enrique Lihn y prólogo del poeta haitiano René Depestre, quien a la sazón residía en La Habana—acciones todas que sentaron bases para el reconocimiento de los altos méritos de la producción literaria francoantillana.

Hablando de la revista *Conjunto*, y dando un salto hacia delante en el tiempo, es de señalar que gracias a Vivian Martínez Tabares y de Omar Valiño se pudo introducir en la revista el tema poco atendido de los traductores de y para el teatro en general y caribeño en particular, y destacar el empeño de traducir obras teatrales. Salvo la obra de Fanon, que poco antes se había

publicado en México—traducida por la ya desaparecida intelectual de origen cubano Julieta Campos—todos dichos textos fueron trabajados por primera vez en Cuba.

Otro antecedente de este interés por las letras caribeñas es la traducción del poemario *Mineral negro* de René Depestre, realizada en 1962 por Virgilio Piñera, destacado y recurrente traductor literario quien más tarde también entregará otras versiones de obras de esta literatura, como *Así habló el tío* del haitiano Jean Price-Mars, también en primera versión a nuestra lengua. Por entonces, es la revista *Gaceta del Caribe*, la que recoge en sus páginas textos traducidos de Jacques Roumain, y es asimismo Depestre quien adapta para el ICAIC la novela *Gobernadores del Rocío* de ese propio autor en la que se inspira el guión de la película *Cumbite* (la obra había sido publicada en 1961 por la Imprenta Nacional de Cuba). Cabe señalar que también se publicaron obras que no fueron traducidas en Cuba ni por traductores del patio o residentes en el patio, pero que testimonian esta voluntad de las editoriales cubanas en divulgar la literatura antillana. Así lo ilustran *Compadre General Sol* de Jacques-Stephen Alexis (1974) y *Sena*, de Fernand Hibbert (1977). Y el propio Depestre, ya no como traductor sino como autor, es seleccionado por la editorial Arte y Literatura en 1975 con su novela *El palo encebado*. Conviene recordar que serán Nancy Morejón, Roberto Fernández Retamar, Heberto Padilla (traductor de la mayor parte del poemario *Un arcoiris para el occidente cristiano*, editado en 1967), Max Figueroa, (traductor de *Cantata de octubre a la vida y la muerte del Comandante Ernesto Che Guevara*, 1968) y ocasionalmente Nicolás Guillén y Virgilio Piñera, los traductores habituales de Depestre en Cuba.

A pesar de que desde 1972 se establecieron relaciones diplomáticas entre Cuba y Jamaica, Trinidad y Tobago, Barbados y Guyana, no fue hasta 1976 que se produjo el despegue de la traducción y difusión de la literatura anglocaribeña en nuestro medio. La aparición de las traducciones del inglés fue algo más tardía en comparación con la producción francófona, si se exceptúa la del texto del trinitario C.R.L. James titulado *Poder negro (Casa de las Américas 8 (48) may-jun 1968: 2-15)*. Pero la traducción de su obra *Los Jacobinos negros*, que inicialmente debió estar en manos de los lectores para el Congreso Cultural de La Habana, se publicó en 2008. Y salvo dos títulos publicados con el sello Casa de las Américas por la profesora inglesa Jacqueline Kaye, quien se ejercía por entonces en la Universidad de la Habana, *La historia de la novela antillana de lengua inglesa* (1971) y *Literatura y subdesarrollo y el subdesarrollo de la crítica literaria* (1972) prácticamente no se publicó nada aparte de *Capitalismo y esclavitud* de Eric Williams, entonces primer ministro de Trinidad y Tobago y en ocasión de su visita a Cuba. Justo es destacar también que los traductores de literatura francófona, salvo algunos casos, fueron prácticamente todos poetas o escritores, lo cual no ocurrió con esa homogeneidad en el caso de los traductores del inglés, con excepción de Eliseo Diego, Ester Pérez, Roberto Fernández Retamar, David Chericján y otros.

Párrafo aparte merece en ese devenir el caso de George Lamming, un colaborador de primera línea en este empeño, cuya huella en Casa para la

literatura de las Antillas anglófonas, que fue ganando en consistencia y reiteración, ha sido parecida a la de Depestre para la francófona en su momento. Lo propio cabe decir del profesor jamaicano residente en Canadá y traductor a inglés de Guillén, Keith Ellis, doctor Honoris Causa por la Universidad de la Habana y asiduo colaborador de la *Revista Casa* quien ha promovido en unión del dominicano Rei Berroa y con financiación venezolana una abarcadora antología de poesía caribeña anglófona titulada *West Indies Poetry* en la que figuran (por orden alfabético) como traductores: Lourdes Arencibia Rodríguez, Mario Benedetti, Julia Calzadilla Núñez, David Chericán, Carolina Cintra, Cos Causse, Eliseo Diego, Keith Ellis, Samuel Feijóo, Francisco Garzón Céspedes, Pablo Armando Fernández, Roberto Fernández Retamar, Bernardo García, Adelaida de Juan, Julio Llópiz Pacheco, Trinidad Mendoza, Mireille Milfort Ariza, Nancy Morejón, Manuel Moreno Fragnals, Ana Ramos, Daniel Rojas-Orrego, Joaquín G. Santana, Miguel Serrano, Luis Suardíaz, y Luis Toledo Sande.

Las bases del Premio Casa de las Américas establecen el compromiso de la institución convocante de publicar la traducción a español de la obra laureada, contribuyendo así a la universalización de sus creaciones. La relación de los laureados francófonos es significativa: a Ernst Pépin, ya premiado por *Remolino de palabras libres* (1991), le traduzco *La pantalla Roja*, una novela que se premia por unanimidad en la edición 2000 del premio Casa. De nuevo, un número monográfico de la *Revista Casa* rinde homenaje al Caribe, esta vez en ocasión de los Doscientos años de la Independencia de Haití (243 oct-dic, 2003). La traducción de los poemas corre a cargo de Nancy Morejón, Luis Marré, Aurelia Martínez y Leopoldo Mesa. Me ocupó, junto con Osmany Oduardo, Reiner Pérez González y Ana María Radaelli, de traducir varios textos. Asimismo, Carmen Suárez León, otra experimentada traductora que se desempeñó largos años en el Instituto del Libro, fiel a su filiación martiana, participa en el número con su traducción de *Betances, Martí y el proyecto de Confederación antillana* de Anténor Firmin. Por último, no quiero resistir la tentación de mencionar aquí una realización en cuya génesis tuve el privilegio de colaborar desde un inicio. Se trata del poemario *Elogios* que el Nobel antillano Saint John Perse escribió cuando aún respondía por Alexis Saint Léger y vivía y soñaba su adolescencia en el viejo casco semi hundido de un buque naufragado a orillas del peñón caribeño propiedad de su familia. La Fundación Sinsonte apoyo el proyecto para lograr brindar al público cubano una maravillosa edición de la traducción con prólogo de Alejo Carpentier. He escogido para cerrar un título que bien podría simbolizar la infatigable labor que en el Centro de Estudios del Caribe y en su revista *Anales del Caribe* de Casa de las Américas han venido realizando durante años sus directoras Nancy Morejón y Yolanda Wood y su equipo de colaboradores. Se trata del extraordinario y abarcador libro en el que tuve ocasión de participar, *Saint John Perse por los caminos de la tierra*, edición bilingüe que recoge traducciones y trabajos sobre este destacadísimo poeta premio Nobel de Literatura, personalidad irrenunciable para los hijos del Caribe. El proyecto, publicado por

Casa de las Américas en 2008, es fruto de la colaboración entre Casa y Confluences Caraïbes, con la participación del Consejo Regional y el Consejo General de Guadalupe. La entrega de esta valiosa compilación es elocuente por sí sola porque recoge obras de un grupo numeroso de destacados poetas, ensayistas y esforzados traductores: Alejo Carpentier, Maryse Condé, Roberto Fernández Retamar, Edouard Glissant, José Lezama Lima, Angela Morales Gómez, Nancy Morejón, y Jorge Zalamea, entre muchos otros.